

Ella

EDUCACION CHIC

OCTUBRE imponía el tema de la conversación: colegios, uniformes, matrículas... Las amigas, madres todas ellas de varios chiquillos, hablaban animadamente.

—¡No sabéis lo que me ha costado encontrar plaza para Teresita! Es más difícil meter a un niño en un colegio que conseguir que gane unas oposiciones...

—¡Y que lo digas! Yo tuve que buscar no sé cuántas recomendaciones para Pablito... Pero por fin lo he logrado. Va al C.E. 7.

—Te debe costar carísimo...
—Sí... pero vale la pena. Es un colegio de lo más distinguido. Allí van los hijos de los H. y los de F... Toda gente bien. Haces un sacrificio, pero sabes que los chicos se educan en un ambiente chic.

—Es lo que yo pienso. Por eso he querido cambiar a Teresita.

—Pero tú estabas contenta con el otro colegio, ¿no?

—Bueno... la niña adelantaba, sacaba buenas notas... pero había mucha mezcla. Con eso de que la cuota mensual era bastante módica, iba de todo. ¡Y qué uniformes! Una batita azul, como de huérfanas... ¡Algo horrible! En cambio ahora va preciosa: de gris claro, con botina y blusa de seda natural, en primavera, y de marrón, con abrigo a cuadrillos, en invierno. ¡Una monada!

—Tienes razón, no hay más remedio que sacrificarse. El ambiente es muy importante en la educación de los hijos. Así, de mayores, tienen amistades que les pueden ser útiles para abrirse camino. Y ya se sabe que hoy, el que no tiene padrinos...

Estos argumentos deben tener muchos defensores, a la vista de la enorme cantidad de colegios super caros y super distinguidos que abren sus puertas cada año. Los anuncios en los periódicos son elocuentes. Casi nunca especifican los títulos y la experiencia del profesorado; pero jamás dejan de advertir que el ambiente es selecto.

¿Es eso lo que más importa a los padres en trance de escoger el establecimiento educativo al que van a confiar sus hijos? ¿Es que la elegancia del uniforme y el brillo de los apellidos de los demás alumnos son suficientes para tomar una decisión?

Parece evidente que sí. Y es acerca de este hecho que no estaría de más hacerse unas reflexiones.

Aunque resulte perogrullada y dada la escasa atención que se suele prestar a estos aspectos, conviene fijar una verdad incuestionable: lo que importa en un colegio es lo que se enseña, quien lo enseña y cómo se enseña. Todo lo demás —el lujo de las instalaciones, el barrio en que esté enclavado el edificio, los nombres de los asistentes, las fiestas o excursiones que se organicen— es secundario, cuando no superfluo. Sin embargo, muchos padres no vacilan en someterse a esfuerzos increíbles para poder decir a los amigos que sus hijos van al colegio tal o cual, simplemente porque el enunciado del nombre representa un marchamo de «categoría», una

clasificación social que, según creen, va a redundar en beneficio de su prole.

Sería injusto pretender que los centros de enseñanza «distinguidos» descuidan los aspectos esenciales de su misión. Sin duda, los niños que asisten a ellos son instruidos con toda la atención y eficacia necesarias; pero de ahí a suponer que únicamente los colegios de ese tipo garantizan una buena educación, hay un trecho presuntuoso y equivocado.

Desde los tiempos —no demasiado lejanos— en que existían escuelas con dos entradas distintas —una para los alumnos de «pagos» y otra para los «gratuitos», el concepto de la discriminación social o económica en la enseñanza ha evolucionado notablemente. Esta, como cualquier otra clase de discriminación, es antipática, cuando no francamente perjudicial para la formación del niño.

Una criatura situada en un ambiente formado sólo por hijos de familias pudientes, que tienen a su alcance todo lo que necesitan o desean, ha de sentirse por fuerza como miembro de una sociedad privilegiada. Ignorará los problemas de los demás y, por lo tanto, permanecerá apartado de ellos. No podrá desarrollar ese hermoso sentido de solidaridad que sólo puede surgir cuando se trata a seres de otra «clase» y se comparten sus dificultades.

Esto, en caso de que el niño pertenezca a una familia de la misma condición económica que la de sus compañeros; pero cuando no es así, cuando —como sucede frecuentemente— asiste al mismo colegio porque sus padres se «sacrifican», pero no porque sus medios les permitan holgadamente hacerlo, los conflictos son aún mayores. El niño no podrá asistir a todas las excursiones, o no tendrá un equipo tan completo como el de los otros, o no podrá invitar con la frecuencia o la largueza con que los demás invitan. Y no comprenderá por qué o, si lo comprende, se sentirá víctima de una injusticia.

El espíritu de comunidad, tan necesario para moverse en la vida, tiene, a nuestro juicio, muchas más ocasiones de desarrollarse en uno de esos colegios «donde va de todo» —para usar la peculiar expresión de la señora— y donde, bajo un sencillo uniforme que cualquiera puede comprar, puede ocultarse lo mismo un vestido salido de una casa de modas que otro arreglado hábilmente de uno de mamá. A los niños —benditos sean— no les importan estas cosas. Y el hijo del médico hará buenas migas con el del empleado o el obrero, simplemente porque la simpatía o la similitud de caracteres lo disponga así y no porque uno venga en coche y otro andando.

Si en esa escuela «con mucha mezcla», aprenden, además de lo que está mandado, la estupenda ciencia de la sencillez y lo bonito que resulta abrirse paso en la vida sin más «padrinos» que el esfuerzo y la tenacidad, habrá sido un acierto enviarlos a ella. Aunque no tenga piscina, ni picadero y los alumnos se llamen Gómez o Rodríguez, como todo el mundo.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO

A DONDE VA EL
HOMBRE
VA

Siglo de Oro



LA COLONIA DEL HOMBRE SEÑOR...SEÑOR



VERA